

**HORTENSIA AN TOMMARCHI DE VÁSQUEZ.**

Nació en San José de Cúcuta. Es esposa del señor don José María Vásquez Durán. Ha publicado sus preciosas poesías en varios periódicos de este país y del extranjero. Ha usado el pseudónimo de Regían del Valle.

---

**LA TARDE.****Á CARMEN.**

Cual gigantesca hoguera que rodara  
Por ese azul, ilimitado espacio,  
El sol se acerca, amarillento y lacio,  
Hacia los montes que á ocultarlo van.  
Del ancho seno de mi ardiente valle  
Alzóse ya su fecundante lumbre:  
Del monte opuesto la elevada cumbre  
Sus tibios rayos coronando están.

Ligeras nubes por la esfera cruzan  
Cual blancas aves que arrebatan el viento;  
Parece el cielo, en tan fugaz momento,  
Inmenso lago de plateada luz.  
Y detenido sobre el alta cumbre  
Un breve instante el sol, fulgura ardiente  
Como un volcán, en tanto que al oriente  
Se tiñe el cielo de sereno azul.

Entonces dejo mi mansión amada  
Y voy á ver la escena vespertina  
Fuera del pueblo, frente á la colina  
Do esconde el sol su deslumbrante faz.  
Sígueme, pues, y en mi incipiente lira  
Ensayaré cantar mis impresiones;  
Ven, aquí se oyen deleitables sonos,  
Aquí se goza plácido solaz.

La fresca brisa á indemnizarnos viene  
De los ardores tórridos del día,  
Infundiendo en el pecho la alegría  
Y dando nueva vida á nuestro sér.  
Por entre chozas, árboles y arroyos  
Encaminemos la ligera planta:  
Variado cuadro que la vista encanta,  
Aun no copiado por ningún pincel.

Cual las murallas de pasados tiempos,  
Cercando el pueblo de alineadas calles,  
Se alzan así de mis ardientes valles  
Las chozas de ligera construcción;  
En pintoresca confusión se extienden  
Por el tendido y anchuroso llano:  
Cuántas miserias del linaje humano  
Al verlas, no adivina el corazón!

Por entre ellas y en tortuoso giro,  
Dando al paisaje amenidad, frescura,  
Corren arroyos, cuya linfa pura  
El abrasado suelo fecundó.  
Clavo mis ojos en sus ondas claras,  
Que ruedan juguetonas, presurosas;  
Y pienso que así pasan candorosas  
Las ilusiones de la edad de amor.

De nuestra zona la opulenta flora,  
Aquí sin arte ni cultivo, ostenta  
Su lujo y su esplendor, que tan bien sienta  
Bajo este cielo de profundo azul!  
Siempre cargada del sabroso fruto  
La palmera imperial de enhiesto tronco  
Remédame el Oriente; mas el ronco  
Devastador y ardiente simoún,

Es aquí fresca brisa bienhechora  
Que, templando los tórridos ardores,  
Lleva á veces en su ala los olores  
Del limonero y el naranjo en flor.  
Y por doquiera gigantescos árboles,  
Que sólo al huracán sus copas mecen,  
La fresca sombra y dulce fruta ofrecen  
En varia y regalada profusión.

Y de uno en otro las parleras aves  
Cruzan el aire en caprichosos vuelos,  
En busca de su nido y sus hijuelos  
Y con sus trinos despidiendo al sol,  
Que, hundida ya la esplendorosa frente,  
Deja la estela de su luz amante  
En el tendido, anchísimo y brillante  
Cortinaje de nácar y arrebol.

Ya atrás se quedan árboles y chozas,  
Y al frente se alza la árida colina  
Desde donde mi pueblo se domina  
Y el lindo valle do se asienta él.  
Y conforme se deja la llanura  
Ensánchase el espacio; el valle, el monte,  
Y las selvas que forman horizonte  
Se muestran más distintas cada vez;

Y ya forman el vasto panorama  
Iluminado por la luz tan bella  
Que en la región del Ecuador destella  
El sol para la tierra de su amor.  
Yo quiero detenerme á contemplarlo;  
A gozar en silencio la serena  
Majestad, la armonía de esta escena  
Que alumbra y dora el último arrebol.

Allí, cubierto de verdor y sombra,  
Risueño, altivo, libre de cuidado,  
En su riente porvenir confiado,  
Alzase el pueblo donde vi la luz.  
Cómo mis ojos con amor contemplan  
El nido patrio! como el suyo el ave

De delicada pluma y canto suave  
Cuando se cierne en el espacio azul.

También como ella, dejo yo la tierra  
Para cruzar en alas de otro viento  
Los espacios sin fin del pensamiento,  
Para vivir de sueños y de fe.  
Oh ! cuánto es dulce en soledad completa,  
Sin velar ante nadie la mirada,  
Que se pierde en la atmósfera azulada,  
El mundo de los sueños recorrer!

Bendito mundo! cuánto en él se goza!  
¿ Qué fuera de nosotras, corazones  
De fuego, sin las dulces expansiones  
Que en ese mundo vamos á buscar?  
¿ Qué fuera de nuestra alma, eternamente  
En círculo de acero comprimida,  
Si no se alzara á la región florida  
Donde nada la puede atormentar?

Y no es mentira, no, la dicha suma  
Que allí se goza y de que yo he gozado:  
Bien inefable, dulce, inmaculado,  
¡ Dichoso quien te llega á disfrutar!  
¡ De cuántas grandes, generosas almas  
El dolor, la miseria y abandono  
Has consolado! á su memoria un trono  
En el recuerdo de los hombres das.

Yo, que emprendiera con segura planta  
De nuestra vida el áspero camino,  
También he hallado el punzador espino  
Hiriendo aleve mi indefensa faz.  
Y nueva en el dolor, y acaso débil  
A tan cruel y dolorosa herida,  
Algunas veces me sentí vencida,  
Doblé la frente y me senté á llorar.

Mas luégo alzaba en derredor mis ojos  
Buscando alivio con doliente anhelo,  
Y hallaba siempre tan hermoso el cielo,  
La luz, las flores y ese limpio sol,  
Que mi dolor, mi angustia se calmaban:  
Naturaleza en mí se refundía,  
Y con su influjo bienhechor volvía  
De paz á disfrutar mi corazón.

Así aprendí á soñar y á amar los sueños;  
Y desde entonces mi dolor, mi llanto,  
Endulza siempre el inefable encanto  
D~ ese mundo que llevo en mi interior.  
Y por eso en presencia de este cuadro,  
Que á dulce y grato meditar convida,  
Mi alma se desprende de la vida  
Para vagar en celestial región.

Ya se acercan las sombras de la noche,  
Y hacia el paterno hogar dirijo el paso;  
Los brillantes celajes del ocaso  
Murieron ya con la postrera luz.  
De la campana al llamamiento santo  
Al cielo elevo mi oración ferviente,  
Para pedir que al corazón aliente  
El dulce amor del que murió en la cruz.

Esa es la hora, de misterio llena,  
En que á la tierra soñolienta envuelven  
Las sombras del crepúsculo, que vuelven  
Dudoso y triste cuanto el ojo ve.  
Poco á poco esas sombras se condensan,  
Y al paso que la atmósfera oscurecen,  
Dudosas las estrellas resplandecen  
Como en el alma la ilusión que fué.

Ya un nuevo día hundióse para siempre  
De lo pasado en la insondable sima;  
Y con él, de la fuerza que lo anima,  
¿ Cuánta ha perdido nuestro frágil sér?  
¿ Cual hoy, mañana volveremos, Carmen,  
A contemplar la vespertina escena,  
O al polvo vueltas, la abrasada arena  
Nuestros despojos guardará también ?

---

### UN RASGO DE FE.

Á LA SEÑORA DOÑA BLASINA TOBAR DE CARO.

I

Voy á contaros en breves versos  
Hermoso rasgo de tierna fe,  
Y plegue al cielo que él os conmueva  
Y haga la vuestra robustecer.

De niña, el campo fué mi delicia;  
De joven, siempre gocéme en él;  
Y á Dios le pido que de esas horas  
Conceda algunas á mi vejez.

Allí se encuentran natura y hombre  
Cual Dios los hizo, sin falsa ley,  
No en las ciudades, donde se ostenta  
Por todas partes el oropel.

Allí es el vicio grosero y rudo,  
Sin elegante, fina doblez,  
Y cual la fruta silvestre, tiene  
La noble y santa virtud también;

No sé qué de acre, sabor y aroma,  
Que no se puede de un golpe ver,  
El gran tesoro que en esas almas  
Se oculta á veces de amor y fe.

## II

De crueles amos huyendo un día  
Un jornalero con su mujer,  
A nuestro techo pidió el amparo  
Que al débil niega la humana ley

Su pobre esposa fué poco á poco  
Abandonando su timidez,  
Y sus pesares contóme, viendo  
Que era escuchada con interés.

Díjome triste que de su esposo,  
A quien amaba, sincera y fiel,  
Sufrido había.....lo que dan siempre  
Las almas duras de amor en prez.

Tierna contóme cómo perdiera  
Su hijo adorado, su dulce "Abel,"  
Que era el encanto de su existencia,  
Del cielo enviado para su bien.

De su "Abelito" me habló como hablan,  
Empleando frases de leche y miel,  
Las madres tiernas de sus hijitos  
Cuando los pierden en la niñez.

Luégo me dijo que su "Abelito"  
Era en el cielo su apoyo fiel,  
Porque ella viendo su fin cercano  
Del Dios le hablara que él iba á ver,

Y entre sollozos le encareciera  
Que á aquel divino, supremo Juez  
Pidiera alivio para su madre,  
Víctima inerme de suerte cruel.  
Y desde entonces su triste vida  
Menos amarga miró correr,  
Creyendo firme que á su "Abelito"  
Era deudora de tanto bien.

## III

Aquel lenguaje, rudo y sencillo,  
Lleno de ardiente, cándida fe,  
La misteriosa, brillante escala  
Del gran patriarca me hiciera ver.  
Que en invisibles sólidos hilos,  
La tierra, el cielo, lo que es y fué,  
Une á aquel centro de amor perfecto  
Que puede sólo satisfacer.  
Yo vi del mundo la ruin grandeza,  
Los anchos mares veloz crucé  
Y me halagaron los mil encantos  
De aquellos años de amor y fe.  
Y en medio á todo sentí vacío,  
E indiferente nada envidié;  
Juzgué pequeño lo que otros grande,  
Y dije triste: ¿ para qué ser?  
¡Ay del que olvide su gran destino,

Y de la suerte varia al vaivén  
El hondo anhelo de eterna dicha  
Que nos tortura confiado dé!  
De aquella aldeana, ruda y sencilla,  
El gran recuerdo me sigue fiel;  
Y en horas tristes de desaliento,  
Y en largas noches de padecer,  
Viene á mi alma, cual fresca fuente  
Que al caminante templó la sed;  
Y envidio entonces cual bien supremo,  
Aquella ardiente, cándida fe.

Bogotá, Febrero 1886.

---

### EN UN ALBUM.

Dejar doquiera perennal recuerdo!  
Íntimo ensueño del amor, la gloria!  
Aspiración del alma, que en lo eterno  
Sólo sacia el afán de su memoria!  
Yo también hacia allá tendí mi vuelo  
Y ensayé nobles cantos de victoria.  
La brillante y lozana fantasía  
De una cándida niña que creía!

Hoy.....no es lo mismo. Creo, sí, y espero  
Con la fe de la Cruz y la esperanza,  
Y roto el prisma y desgarrado el velo  
Ni niego, ni vacilo: en lontananza  
Me muestra el faro el suspirado puerto.  
Mas he perdido en la fatal mudanza  
La inspiración que me halagara un día,  
Fresca y risueña como el alma mía.

Si! la perdí! Su dulce voz amiga  
Sólo á la sombra y en silencio vierte  
El raudal de sus notas peregrinas,  
Y á mí su culto me negó la suerte.  
En el oscuro drama de mi vida  
Todo es combate, y decepción y muerte,  
Y el corazón en tan tenaz batalla  
En roncós gritos de dolor estalla.

Al ave herida, á la agostada planta  
No pidas, no, cantares ni colores:  
En vez de cantos su dolor exhala,  
Y hojas marchitas en lugar de flores.  
Bien hace el mundo que á su lado pasa  
Sin curarse de antiguos resplandores.  
El breve instante de la humana vida,  
¿ Quién no aspira á gozar en su medida?

Cual parda nube en él confín lejano  
De un horizonte límpido y sereno,  
Dejando ver en su fugaz relámpago  
Cuál hierve el rayo en su agitado seno,

Así en tu libro quedará mi canto  
De agudas notas de amargura lleno,  
Y cual sombra importuna y transitoria  
Mi imagen pasará por tu memoria.

París, Julio de 1881.

---

### AL TIEMPO.

Cuán lentamente ¡ oh tiempo! te deslizas,  
Cuando intenso dolor el alma agobia,  
Y muda y triste, indiferente á todo,  
Es de sí misma y del pasado sombra.

Si poderoso de la faz del mundo  
Hasta el recuerdo de naciones borras,  
Por qué en el alma de sufrir cansada  
El dardo agudo del dolor no embotas?

Oh ven ! consolador terrible! Báte  
Sobre mi frente el ala polvorosa,  
Y adorméce del alma en lo profundo  
Este dolor sin nombre que me ahoga.

Como mar en bonanza: así lo quiero  
Sentirlo siempre y contemplarlo á solas,  
Y abismarme en sus anchos horizontes  
Que me reflejan de mi Dios la sombra;

Y que me muestran en confín lejano  
No sé qué albor, como de luz de gloria;  
Fieles promesas de la fe cristiana  
De otra existencia la brillante aurora.

Oh ven! seréna, por piedad, seréna  
Las encrespadas turbulentas olas,  
Que á el alma herida y de luchar cansada  
Las tempestades del dolor ahogan.

¿ La vida es un deber? bendita sea!  
He apurado con fe la amarga copa.  
Hoy, dáme en cambio tu solemne calma  
En tanto llega de partir la hora.

### Índice de autores

#### Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO